

43. Si se dice que estas diferencias percibidas son maneras de ser, modificaciones de lo representado en la idea general, ya se conviene en que el ser en sí, no es la única forma percibida; pues que la modificación, la manera de ser, ya añade algo á la idea del ser. El triángulo rectángulo es una manera de triángulo; su idea es una modificación de la idea general; y nadie dirá que la idea de rectángulo no añade algo á la del triángulo, y que sean una misma cosa. Lo propio se verifica con respecto á la idea del ente y sus modificaciones.

44. Ya hemos visto (Lib. IV, cap. XXI) que las ideas indeterminadas no nos conducen por sí solas á conocimientos positivos: y por cierto que ninguna merece mejor este nombre, que la de ente. Si nuestro entendimiento se limitase á ella, la percepción no sería mas que un concepto vago, incapaz de toda combinación.

45. La misma negación, que, como veremos mas abajo, es conocida por nosotros, no podría serlo, si admitiésemos que el entendimiento nada concibe sino en cuanto es ente; en cuyo caso, nos faltaría la condición indispensable de todo conocimiento: el principio de contradicción.

46. Bastan estas razones para dejar fuera de duda lo que me proponía manifestar: pero como este punto tiene íntimas relaciones con lo mas trascendental de la lógica y de la metafísica, quiero explicarle mas por extenso en el capítulo siguiente.

### CAPÍTULO VII.

#### TODA CIENCIA SE FUNDA EN EL POSTULADO DE LA EXISTENCIA.

47. He dicho que la idea de ente no es la única forma percibida, pero que es una forma necesaria á toda percepción. Mas no quiero significar con esto, que no podamos percibir sino lo existente en acto; sino que la existencia entra cuando menos como una condición de todo lo percibido. Me explicaré. Cuando percibimos simplemente un objeto, sin afirmar nada de él, se nos presenta siempre como una realidad. Nuestra idea nos expresa algo; y fuera de la realidad no hay nada. Aun la percepción de las relaciones esenciales de las cosas, envuelve la condición si existen. Así, cuando digo que en un mismo círculo ó en círculos iguales, arcos iguales están subtendidos por cuerdas iguales, supongo implícitamente la condición, «si existe un círculo.»

48. Como esta manera de explicar el conocimiento de las relaciones esenciales de las cosas puede parecer extraña, voy á presentarla bajo el punto de vista mas claro que me sea posible. Cuando afirmo ó niego una relación esencial de dos cosas, ¿la afirmo ó niego de mis ideas ó de las cosas? Claro es que de las cosas y no de mis ideas. Si digo «la elipse es una curva,» no digo esto de mi idea, sino del objeto de mi idea. Bien sabemos que nuestras ideas no son elipses; que dentro de nuestra cabeza no las hay; y que cuando pensamos, por ejemplo, en la órbita de la tierra, la órbita de la tierra no está en nosotros. ¿De qué hablamos pues? No de la idea,

sino de su objeto; no de lo que está en nosotros, sino de lo que está fuera de nosotros.

49. Tampoco significamos que nosotros lo *vemos* así: significamos que *es* así: cuando digo que la circunferencia es mas larga que el diámetro, no significa que así lo veo, sino que *es* así. Tanto disto de hablar de mi idea, que afirmaré ser verdad lo mismo, aunque yo no lo viese, aunque yo no existiese. Solo hablamos de la idea, cuando dudamos de su correspondencia con el objeto: entonces no hablamos de la realidad, sino de la apariencia; y en tales casos el lenguaje tiene de por sí una admirable exactitud: no decimos: *es*, sino *me parece*.

50. Nuestras afirmaciones y negaciones se refieren pues á los objetos. Ahora discurro así: lo que no existe, es un puro nada; es así que de la nada, nada se puede afirmar ni negar, pues no tiene propiedad, ni relacion de ninguna clase, es una pura negacion de todo; luego nada se puede afirmar ni negar, nada combinar, nada comparar, nada percibir, sino bajo la condicion de la existencia.

Digo bajo la condicion; porque conocemos las propiedades, las relaciones, de muchas cosas que no existen, pero en todo lo que de ellas concebimos, entra siempre la condicion: si existiesen.

51. De aquí resulta que nuestra ciencia estriba siempre en un postulado; y empleo á propósito esta palabra matemática, para hacer ver que esta condicion que exijo á toda ciencia, no la desdeñan las que por antonomasia se denominan exactas. La mayor parte de sus demostraciones empiezan por un postulado. «Tírese una línea, etc., etc.» «Si se supone un ángulo recto en B, etc., etc.» «Tómese una cantidad A mayor que B, etc., etc.» Hé aquí pues como el matemático mismo, con todo el rigor de sus demostraciones, supone siempre la condicion de la existencia.

52. Esta existencia es necesario suponerla: de otro modo no se puede explicar nada. Lo que no han visto algunos metafísicos, lo alcanza el sentido comun. Hagamos la prueba; veamos cómo hablaria un matemático que jamás hubiese pensado en metafísica. Supondré que el interlocutor me haya de demostrar que en un triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados de los catetos; y que para ejercitar su inteligencia, ó mejor, para que sin advertirlo nos explique lo que pasa en su mente, con respecto á la percepción de su objeto, le hacemos varias preguntas, en apariencia necias, pero que en realidad solo serán escudriñadoras. Para mayor claridad lo pondré en forma de diálogo; y suponiendo que no hay encerado y que la demostracion se da de memoria.

Demostracion. Bájese una perpendicular desde el ángulo recto á la hipotenusa.

¿Dónde?

Es claro: en el triángulo de que hablamos.

Pero señor, si no hay tal triángulo.....

Pues entonces ¿de qué se trata?

Ya se ve; se trata de un triángulo rectángulo; y el caso es que no hay ninguno.

No lo hay, pero lo puede haber. Si tuviésemos el encerado ó papel, y regla, lo haríamos desde luego.

Es decir que V. habla del triángulo que haríamos.....

Sí señor.

Ya lo entiendo; pero entonces lo tendríamos, mas ahora no lo tendremos.

Enhorabuena; pero si lo tuviésemos, ¿no podríamos bajar la perpendicular?

Sí señor.

Pues no quiero decir otra cosa.

Pero V. ya decia que se bajase.....

Claro es que si no hay triángulo, no se puede bajar; pero entonces no hay ni vértice del ángulo recto, ni hipotenusa, ni nada; pero cuando digo que se baje la perpendicular, siempre supongo el triángulo. Y como es evidente que este triángulo se puede construir, no expreso la suposición; se la sobrentiende.

Ya comprendo esto; pero entonces bajaremos la perpendicular en aquel triángulo solo, y V. me habla como si se la bajase en todos.

El triángulo se construiría para un ejemplo; y lo que con él hiciésemos, claro es que podríamos hacerlo con todos.

¿Con todos?

Si señor; pues ¿no concibe V. que en todo triángulo rectángulo se puede bajar una perpendicular del ángulo recto a la hipotenusa?

Aquí dentro se me representa así; pero como esto que hay en mi cabeza, no son triángulos, pues algunos se me representan con lados de millares de varas, y no tengo yo la cabeza tan grande.....

Mas no se trata de lo que tiene V. en su cabeza, sino de los triángulos mismos.....

Pero como estos triángulos no los hay, nada puedo decir de ellos.....

Pero, al menos ¿los puede haber?

¿Quién lo duda?

Pues bien, si los hubiese, grandes ó pequeños, en una posición ú otra, en una parte ú otra, ¿no es verdad que se podría tirar una perpendicular desde el vértice del ángulo recto a la hipotenusa?

Es claro.

Pues yo no quiero decir otra cosa, sino que en todo triángulo rectángulo, sea cual fuere, se puede bajar esta perpendicular.

Pero se entiende que V. no habla de los que no son..... ¿no es verdad?

Hablo de todos, de los que son y de los que no son.

Ya se ve que la perpendicular no se la puede tirar en un triángulo que no existe. Lo que no existe no es nada. Pero lo que no existe puede existir; y veo con toda claridad que *suponiendo que exista*, se verificará lo que digo. Así puedo hablar, y hablo de todos, de los existentes, y de los no existentes, sin excepcion alguna.

El lector juzgará si al molestar al pobre matemático con las importunas dificultades de un taimado haciéndose el rudo, no le hemos hecho responder como responderia cualquiera que no estuviese prevenido con ninguna idea metafísica; y es evidente que estas respuestas las aceptarían como razonables, como satisfactorias, como las únicas que se pueden dar en este caso, todos los matemáticos del mundo.

Pues bien: en estas respuestas y explicaciones está lo que hemos dicho: toda la ciencia fundada en un postulado; todo raciocinio para demostrar aun las propiedades y relaciones mas esenciales de las cosas, parte de la suposición de su existencia.

## CAPÍTULO VIII.

### EL FUNDAMENTO DE LA POSIBILIDAD PURA, Y LA CONDICION DE LA EXISTENCIA.

53. He dicho que el fundamento de la posibilidad pura de las cosas, y de sus propiedades y relaciones, se hallaba en la esencia de Dios, donde está la razón de todo (v. Lib. IV desde el cap. XXIII hasta el XXVII); y a primera vista pudiera parecer que a la ciencia le basta aquel fundamento, y que no nece-

sita apoyarse en la condicion de la existencia de las cosas.

Porque, si las esencias están representadas en Dios, se halla en la esencia divina el objeto de la ciencia; y por tanto no es concluyente el argumento fundado en que de la nada no se puede afirmar nada. Suponiendo dicha representacion, la ciencia no se ocupa de un puro nada, sino de una cosa muy real; y por consiguiente, tiene á la vista un objeto muy positivo, aun cuando prescindida de la realidad de la cosa considerada.

Veamos cómo se puede desvanecer esta dificultad.

54. Las relaciones necesarias de las cosas, independientemente de su existencia, han de tener una razon suficiente: esta solo puede encontrarse en el ser necesario. Luego la condicion de la existencia presupone la representacion de la esencia del ser contingente, en el ser necesario; luego la condicion « si existe » no se puede poner, si no se presupone el fundamento de la posibilidad.

55. Esta observacion manifiesta que hay aquí dos cuestiones: 1ª. ¿cuál es el fundamento de la posibilidad intrínseca de las cosas? 2ª. Supuesta la posibilidad, ¿cuál es la condicion que se envuelve en cuanto se afirma ó niegue del objeto posible? El fundamento de la posibilidad es Dios: la condicion es la existencia de los objetos considerados.

Ambas cosas son necesarias para que haya ciencia: si faltase el fundamento de la posibilidad intrínseca, no se podria poner la condicion de la existencia; y si admitida la posibilidad, no añadimos la condicion, la ciencia carece de objeto.

56. Para entender mas á fondo esta materia conviene observar, que al afirmar ó negar las relaciones de los seres representadas en Dios, no tratamos de lo que estos seres son en Dios, sino de lo que serian en sí mismos, cuando existiesen. En Dios,

son el mismo Dios; porque todo lo que hay en Dios, se identifica en Dios; si pues considerásemos las cosas solo en cuanto están en él, no tendríamos por objeto á las cosas, sino á Dios mismo. Es cierto que en Dios hay el fundamento, ó sea la razon suficiente, de las verdades geométricas: pero la geometria no se ocupa de estas en cuanto están en Dios, sino en cuanto realizadas ó posibles de realizar. En Dios no hay líneas, ni dimensiones de ninguna clase; luego no hay el objeto de la geometria propiamente dicha. Las verdades geométricas tienen en él un valor objetivo, ó de representacion, y no subjetivo; de lo contrario seria necesario decir que Dios es extenso.

57. Hé aquí manifestado como lo dicho en el citado lugar no se opone á lo que se establece aquí: y como el poner en Dios el fundamento de toda posibilidad, no excluye la necesidad científica de la condicion de la existencia.

58. Para dejar este punto fuera de toda duda, voy á presentar la cuestion bajo otro aspecto, manifestando que cuando Dios conoce las verdades finitas, ve tambien en ellas esta condicion: « si existen. » Dios conoce la verdad de esta proposicion: « Los triángulos de igual base y altura son iguales en superficie. » Esto es verdad á los ojos de la inteligencia infinita como de la nuestra; si así no fuese, la proposicion no seria verdadera en sí misma; nosotros estaríamos en error. Ahora bien: en Dios, ser simplicísimo, no hay figuras verdaderas, aunque haya la percepcion intelectual de las mismas. Luego el conocimiento de Dios en lo tocante á las cosas finitas, se refiere á la existencia posible de ellas; y por consiguiente envuelve la condicion: « si existen. »

El conocimiento de Dios no se refiere á la representacion puramente ideal, sino á su realidad, actual ó posible: cuando Dios conoce una verdad sobre

los seres finitos, no la conoce de la sola representacion de las mismas que en si propio tiene, sino de lo que ellas serian, si existiesen.

59. Todo objeto puede ser considerado ó en el órden real, ó en el ideal. El ideal es su representacion en un entendimiento; la cual solo tiene algun valor, en cuanto se refiere á la realidad actual ó posible. Solo de este modo tiene la idea objetividad; pues sin esto seria un hecho puramente subjetivo del cual no se podria afirmar ni negar nada, excepto lo puramente subjetivo. La idea que tenemos del triángulo nos sirve para conocer y combinar, en cuanto tiene un objeto real ó posible: lo que afirmamos ó negamos de ella, lo referimos á su objeto: si este desaparece, la idea se convierte en un hecho puramente subjetivo, al cual no podremos aplicar sin abierta contradiccion, las propiedades de una figura triangular.

## CAPÍTULO IX.

### IDEA DE LA NEGACION.

60. Se dice que el entendimiento no concibe la nada; y esto es verdad, en el sentido de que no concebimos la nada como algo, lo que seria contradictorio; pero no se sigue de esto, que de ningún modo concebamos la nada. El no ser es la nada; y no obstante concebimos el no ser. Esta percepcion nos es necesaria; sin ella no percibiriamos la contradiccion, y por tanto nos faltaria el principio fundamental de nuestros conocimientos: «es imposible que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo.»

61. Se dirá que el concebir la nada, el no ser, no

es concebir, sino no concebir; pero esto es falso; porque no es lo mismo concebir que una cosa no es, y el no concebirla. Lo primero envuelve un juicio negativo, que se puede expresar por una proposicion negativa; y lo segundo es la simple ausencia del acto de percepcion que nada tiene que ver con la cosa; lo primero es objetivo, lo segundo es subjetivo. Al dormir no percibimos las cosas; pero esta no percepcion no equivale á percibir que no sean. De una piedra se puede decir que no percibe á otra piedra; pero no que perciba el no ser de otra piedra.

62. La percepcion del no ser es un acto positivo; y no se puede decir que sea la misma percepcion del ser, lo que fuera contradictorio: se seguiria que siempre que percibiéramos el ser, percibiriamos su negacion, el no ser, y viceversa, lo que es absurdo.

63. Cuando percibimos el no ser, es verdad que lo percibimos con relacion al ser; y que no es concebible un entendimiento percibiendo el no ser absoluto, sin ninguna idea de ser; mas esto no prueba que las dos ideas no sean distintas, y contradictorias.

64. Si bien se observa, la idea de la negacion, á mas de entrar en los principios fundamentales de nuestro entendimiento, «es imposible que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo,» «cualquiera cosa ó es, ó no es;» es necesaria tambien á casi todas nuestras percepciones. No concebimos los seres distintos, sin concebir que el uno *no es* el otro; y nos es imposible formar un juicio negativo, sin que en él entre la negacion. De donde resulta que asi como hay idea del ser absoluta y relativa, la hay tambien del no ser; asi como se puede decir: «El sol *es*,» «los diámetros de un círculo *son* iguales;» se puede decir tambien: «El Fénix *no es*,» «los diámetros de una elipse *no son* iguales.»

65. A los que sostienen que toda idea es imagen del objeto, se les puede preguntar, ¿de qué será imagen la idea del no ser? Esto confirma lo que hemos indicado mas arriba de que no conviene figurarse todas las ideas como una especie de tipos semejantes á las cosas; y que muchas veces no podemos dar explicacion ninguna de esos fenómenos internos que apellidamos ideas, sin embargo de que con ellos conocemos y explicamos los objetos.

66. Se dice tambien que el objeto del entendimiento es el ser; pero esto no puede explicarse en el sentido de que el entendimiento no perciba el no ser; sino que el no ser lo percibimos con orden al ser; y que el no ser por sí solo, no puede dar origen á ningun conocimiento.

Y aquí es de notar una diferencia importante: con la idea del ser podemos entenderlo todo; cuanto mas hay de ser en la idea, mas entendemos; y si se supone una idea que represente un ser sin ninguna limitacion, ó lo que es lo mismo, sin ninguna negacion, tendremos el conocimiento de un ser infinito. Por el contrario: la percepcion del no ser no nos enseña nada, sino en cuanto nos manifiesta la limitacion de determinados seres, y sus relaciones; si suponemos que la idea del no ser va extendiéndose, notamos que á medida que se acerca á su límite, esto es, al no ser puro, á la nada absoluta, el entendimiento pierde sus objetos, le van faltando los puntos de comparacion y los elementos de combinacion, toda luz se extingue, la inteligencia muere.

67. No concebimos la nada universal, absoluta, sino como una condicion momentánea, que fingimos y no admitimos. En ella vemos la imposibilidad de que exista algo, pues si fuera dable señalar un momento en que no hubiese habido nada, no habria ahora nada. No hallamos en esa nada imaginaria ningun

punto de partida para la inteligencia; toda combinacion es imposible, absurda: el espiritu se siente perecer de inanicion en el vacio que él se ha fabricado.

68. La idea de negacion es completamente estéril si no se combina con la del ser; mas con esta combinacion posee tambien a su modo una especie de fecundidad. Las ideas de distincion, de limitacion, de determinacion envuelven una negacion relativa, no concebimos seres distintos sin concebir que el uno no es el otro; ni seres limitados, sin concebir que *carecen*, es decir, que *no son* en algun sentido; ni determinados, sin concebir alguna cosa que los hace tales, y no tales otros.

## CAPÍTULO X.

### IDENTIDAD, DISTINCION; UNIDAD, MULTIPLICIDAD.

69. Veamos como de la idea del no ser nace la explicacion de las ideas de identidad, distincion; unidad y multiplicidad.

Si concebimos un ser, sin compararle con nada que no sea él, fijándonos únicamente en él, sin hacer entrar ninguna idea de no ser; tendremos las ideas de identidad y unidad; con respecto á él; ó mejor diremos, esas ideas de identidad y unidad no serán otra cosa que las ideas del mismo ser. Por esta causa, las ideas de identidad y unidad son inexplicables por sí solas; porque son simples; ó se confunden con una idea simple, en la cual no hay comparacion; y en que si entra negacion, no es advertida, no se la hace objeto de reflexion. Asi, por ejemplo, en la percepcion de todo ser limitado entra en algun

modo la idea de un no ser; pero tambien podemos prescindir de esta negacion, considerando lo que el objeto *es*, y no atendiendo a lo que *no es*.

70. Si percibo un ser, y luego otro ser; la percepcion de que el uno *no es* el otro, da la idea de distincion, y por consiguiente la de multiplicidad. Sin percepcion pues de un *no ser* relativo combinado con el ser, no hay distincion ni número; pero esta percepcion basta para la distincion y el número.

71. Las ideas de identidad y unidad son simples, las de distincion y número compuestas: las primeras no envuelven negacion; las segundas implican un juicio negativo: «esto no es aquello.» No es posible que se nos presente A distinto de B, sin que percibamos que B no es A; y por el contrario nos basta saber que B no es A, para decir tambien que son distintos. Estas expresiones «A no es B; ó A y B son distintos,» son enteramente idénticas.

72. De aqui se infiere que la combinacion primordial de nuestra inteligencia consiste en la percepcion del ser y del no ser. Con ella percibimos la identidad y la distincion; la unidad y el número; con ella comparamos, con ella afirmamos ó negamos. Sin esta percepcion no nos es posible pensar. Sin la percepcion de la negacion, no tendríamos mas que la del ser; es decir, una intuicion fija en un objeto idéntico, uno, inmutable, cual concebimos la inteligencia divina contemplando la infinidad del ser, en la esencia infinita.

73. ¿Conoce Dios las negaciones? Sí: porque euando un ser deja de existir, Dios conoce esta verdad, y en esta verdad hay una negacion. Dios conoce la verdad de todas las proposiciones negativas, ya expresen el ser substantivo, ya el relativo; luego conoce la negacion. ¿Es esto imperfeccion? no. Porque no puede serlo el conocer la verdad. La imperfeccion

está en los objetos, que por lo mismo de ser finitos incluyen la negacion, el ser combinado con el no ser. Si Dios no conociera la negacion, seria porque la negacion fuera imposible en si misma; lo que equivaldria a la imposibilidad de la existencia de lo finito; y conduciría a la necesidad absoluta y exclusiva de un ser infinito solo.

## CAPÍTULO XI.

### ORÍGEN DE LA IDEA DEL ENTE.

74. Si nada hemos podido pensar sin la idea del ente, ella preexiste a todo acto reflexivo; y parece que no ha podido nacer de la reflexion. Luego la idea de ente será innata. Examinemos esta cuestion.

75. Que no podemos pensar sin la idea de ente, lo demuestra lo dicho en los capitulos anteriores; y además cualquiera puede consultar la experiencia en si mismo, esforzandose para hacer una reflexion en que no entre la idea del ser. Ya hemos visto que ni aun los primeros principios pueden prescindir de ella; y es seguro que nadie irá mas allá de los primeros principios.

76. ¿Podrá habernos venido de las sensaciones? La sensacion en si no nos presenta sino cosas determinadas: la idea del ente es cosa indeterminada; la sensacion no nos ofrece sino cosas particulares; la idea del ente es lo mas general que hay y que puede haber; la sensacion nada nos enseña, nada nos dice, fuera de lo que ella es, una simple afeccion de nuestra alma; la idea del ente es una idea vasta, que se extiende a todo, que fecunda admirablemente nuestro espíritu, que es el elemento de toda reflexion,

que funda por sí solo una ciencia; la sensación no sale de sí misma, no se extiende siquiera á las otras sensaciones; la del tacto nada tiene que ver con la del oído; todas pertenecen á un instante de tiempo y no existen fuera de él; la idea del ente conduce al espíritu por todo linaje de seres, por lo corpóreo y lo incorpóreo, por lo real y lo posible, por el tiempo y la eternidad, lo finito y lo infinito.

Si algo sacamos de las sensaciones, si nos producen algún fruto intelectual, es porque reflexionamos sobre ella; y la reflexión es imposible sin la idea del ente.

77. La idea del ser tampoco parece que pueda formarse por abstracción. Para abstraer es necesario reflexionar; y la reflexión es imposible, sin tener de antemano dicha idea; luego esta es necesaria para la abstracción, luego la abstracción no puede ser su causa.

78. Por otra parte, á este argumento que tan concluyente parece, se le puede oponer una explicación sumamente sencilla del método con que la abstracción se ejecuta. Yo veo el papel en que escribo; la sensación envuelve dos cosas: blanco y extenso. Si no tengo más que la simple sensación, aquí me pararé, y solo recibiré esta impresión; extenso y blanco. Si hay en mí alguna facultad distinta de la de sentir, que me haga capaz de reflexionar sobre la misma sensación que experimento, podré considerar que esta sensación tiene algo semejante con otras, que recuerdo haber experimentado. Podré pues considerar la existencia y blancura en sí, prescindiendo de que sean estas que en la actualidad me afectan. En seguida puedo reflexionar que estas sensaciones tienen algo común con las demás, en cuanto todas me afectan de algún modo; entonces tengo la idea de sensación en general. Si luego considero que to-

das las sensaciones tienen algo común con todo lo que hay en mí, en cuanto me modifican de alguna manera, formaré la idea de una modificación mía, prescindiendo de que sea sensación, ó pensamiento, ó acto de voluntad; y si en fin, prescindiendo de que estas cosas se hallen en mí, de que sean substancias ó modificaciones, solo atiendo á que son algo, habré llegado á la idea de ser. Luego esta idea puede formarse por abstracción. Esta explicación es seductora por su sencillez; pero no deja de sufrir graves dificultades.

79. Desde los primeros pasos de la operación nos servimos, sin advertirlo, de la idea de ser: luego nos hacemos ilusión cuando creemos formárnosla. Para reflexionar sobre lo extenso y blanco, es necesario considerar que existe; que es *algo* semejante á otras sensaciones; cuando prosigo pensando en que me afecta, ya sé que yo *soy*, que aquello que me afecta *es*, ya hablo de ser ó no ser, de tener ó no tener *algo* común; y por fin cuando prescindo de que las modificaciones de mi espíritu sean esto ó aquello, y solo las miro como una *cosa*, como *algo*, como un *ser*, claro es que no podría considerarlas como tales, si no existiese en mí la idea de *algo* en general, es decir, del ente. Aquí el ser es un predicado que yo aplico á las cosas; luego ya conocía este predicado. Lo que hago es colocar las cosas particulares y determinadas en una idea general é indeterminada, que preexistía en mi entendimiento. Las operaciones sucesivas que he hecho para la abstracción no han sido más que una descomposición del objeto, una clasificación de él en varias ideas generales, hasta llegar á la superior, la del ente.

80. En vista de estas razones, todas muy fuertes, no es fácil resolverse por ninguna de las opiniones opuestas sin temor de errar: no obstante yo emitiré

la mia, con arreglo á los principios que llevo consignados en diferentes lugares de esta obra. La idea del ente, no la tengo por innata, en el sentido de que preexista en nuestro entendimiento, como un tipo anterior á las sensaciones, y á los actos intelectuales (v. lib. IV, cap. XXX); pero no veo inconveniente en que se la llame innata, si con este nombre no se significa otra cosa, que la *facultad innata* de nuestro entendimiento, para percibir los objetos bajo la razon general de ente ó de existencia, tan pronto como reflexiona sobre ellos. De esta suerte, la idea no dimana de las sensaciones; y se la reconoce como un elemento primordial del entendimiento puro; tampoco se la forma por abstraccion, como si se la produjese totalmente; sino que se la separa de las demás, se la depura, por decirlo así, contribuyendo á esta depuracion ella misma. Así puede preexistir á la reflexion, y ser en algun modo fruto de la reflexion, según los varios estados en que se la considera. En cuanto anda mezclada y confusa con las demás ideas, preexiste á la reflexion; pero es fruto de la misma reflexion, en cuanto esta la ha separado y depurado.

81. Para resolver cumplidamente las dificultades propuestas conviene fijar las ideas con precision y exactitud.

La idea de ente es no solo general sino tambien indeterminada; no ofrece al espiritu nada real, ni aun posible; pues que no concebimos que exista ni pueda existir un ser que no sea mas que ser; de tal modo que no se pueda afirmar del mismo ninguna propiedad excepto la de ser. Dios tiene en sí la plenitud de ser; es su mismo ser, se llama con profunda verdad: *el que es*; pero de él afirmamos tambien con verdad que es inteligente, que es libre, y que tiene otras perfecciones no expresadas en la idea general y pura de ser.

De esto se infiere que no debemos considerar la idea de ente como un tipo que nos represente algo determinado, ni aun en general.

82. El acto con que percibimos el ser, la existencia, la realidad, es necesario á nuestro entendimiento, pero está confundido con todos los demás actos intelectuales, como una condicion *sine qua non* de todos ellos, hasta que viene la reflexion á separarle de los mismos, depurándole, y haciéndole objeto de nuestra percepcion.

Como al percibir, percibimos *algo*, es evidente que la razon de ser anda siempre envuelta en todas nuestras percepciones; por el mero hecho de conocer, conocemos el ente, es decir, una *cosa*. Pero como al fijarse nuestra percepcion en un objeto, no siempre distinguimos las varias razones en que puede ser descompuesto; aunque la idea de ser se halle en todos los objetos percibidos, no es directamente percibida por nuestro entendimiento, hasta que la reflexion la separa de todo lo demás.

83. Si pienso en un objeto azul, claro es que en la idea de azul entra la de color; pero si no reflexiono, no distinguiré entre el género que es color y la diferencia que es azul. En el objeto percibido, estas dos cosas no se distinguen realmente; pues seria hasta ridiculo el pretender que en un objeto particular de color azul, una cosa es el color y otra lo azul; no obstante cuando reflexiono sobre el objeto, puedo distinguir muy bien entre las dos ideas de color y de azul, y fijarme y discurrir sobre la una sin ocuparme de la otra. ¿Será necesario decir que yo tenga la idea de color en general, anteriormente á la representacion sensible? no por cierto. Solamente será preciso reconocer en el espiritu una fuerza innata por la que considera en general lo que se le ofrece en particular, y descompone un objeto simple en varias ideas ó aspectos.

84. Nuestro entendimiento posee la fuerza de concebir la unidad bajo la idea de multiplicidad, y la multiplicidad bajo la idea de unidad. De lo último hallamos el ejemplo en las ideas generales, en cuanto reunimos en un solo concepto lo que es múltiplo en la realidad. Nuestro entendimiento puede compararse á un prisma que descomponen en muchos colores un rayo de luz; de aquí nacen los diferentes conceptos relativos á un objeto simple. Cuando no necesitamos reducir la multiplicidad á la unidad, la fuerza intelectual obra en un sentido inverso: en vez de dispersar reúne: la variedad de colores desaparece; y vuelve á presentarse el rayo luminoso en toda su pureza y simplicidad.

85. Por el mismo hecho de estar limitado nuestro espíritu á conocer muchas cosas por conceptos, y no por intuiciones, ha menester de la facultad de componer y descomponer, de mirar una cosa simple bajo aspectos distintos, y de reunir diferentes cosas bajo una razón común. No se pierda pues de vista que la fuerza generalizadora y divisora, de que está dotado nuestro entendimiento, aunque es para él un poderoso recurso, indica sin embargo su debilidad en el orden intelectual, y la advierte continuamente de la circunspección con que debe proceder cuando se trata de fallar sobre la íntima naturaleza de las cosas.

86. Según esta doctrina, las ideas generales y muy particularmente las indeterminadas, resultan de la reflexión ejercida sobre nuestros propios actos perceptivos; y no hay en la idea general mas de lo que se halla en la percepción particular, excepto su misma generalidad nacida de que se prescinde de las condiciones individuantes. Esto se verifica muy particularmente en la idea del ser, que, como ya hemos visto, entra como condición necesaria en todas nuestras percepciones; y es además indispensable para

todas las operaciones, tanto de composición como de descomposición.

No podemos concebir, sin concebir *algo*, ó un *ente*; he aquí el ser substantivo. No podemos afirmar ó negar, sin decir *es* ó *no es*; he aquí el ser copulativo. Luego la idea de ser es mas bien que idea, una condición necesaria para que nuestro entendimiento pueda ejercer sus funciones: no es un tipo que le represente nada determinado; es mas bien su condición de vida; sin ella no le es posible ejercer su actividad.

87. Pero esta condición de todos nuestros pensamientos, la podemos percibir con la reflexión; y entonces la idea de ser que estaba envuelta con lo demás, se ofrece depurada á nuestros ojos; y concebimos esa razón general, de *ser*, de *cosa*, que entra en todas las percepciones, pero que antes no habíamos distinguido con bastante claridad.

## CAPÍTULO XII.

### DISTINCION ENTRE LA ESENCIA Y LA EXISTENCIA.

88. Se ha disputado mucho en las escuelas sobre si la existencia es distinta de la esencia. Esta cuestión, á primera vista indiferente, no lo es cuando se atiende á las consecuencias que de ella dimanar en opinión de autores respetables, quienes pretendian nada menos que establecer en la distinción de la esencia y de la existencia una nota característica de lo finito, atribuyendo al solo ser infinito la identidad de su esencia con su existencia.

89. Que nosotros distinguimos entre la esencia y la